

VII

¿Se trató en la conferencia la cuestión capital de la organización futura de los nuevos Estados sud-americanos? Es indudable. Todos los historiadores que han recibido más ó menos directamente las vagas confidencias de los dos grandes protagonistas de la escena, coinciden en este punto, sin exceptuar uno solo, y aunque variando en las versiones, todos están contestes, en que San Martín abogó por la monarquía y Bolívar por la república. No podía ser de otro modo, después de la solemne declaración de San Martín de que iba á tratarse en la entrevista por él buscada, « de la » estabilidad del destino á que con rapidez se acercaba » la América, y de que él y el Libertador eran en alto grado » responsables » (41). Y necesariamente tenía que tratarla, dada la situación en que él se encontraba, con una negociación sobre monarquización del Perú pendiente en Europa, que aunque al parecer abandonada después de la convocatoria posterior del congreso peruano para entregar sus destinos al país libertado, podía todavía considerar como un proyecto presentable, si Bolívar le prestaba su aprobación, ó no le ponía obstáculo.

Sucede á este respecto lo mismo que en los demás tópicos de la conferencia. Conocidas las opiniones sobre forma de gobierno que profesaban ambos libertadores, públicamente declaradas en varias ocasiones, puede ponerse en boca de los interlocutores los argumentos que hicieron valer en favor de ellos, y hasta las palabras de que se sirvieron. San

(41) Véase nota núm. 1 de este capítulo.

Martín diría, como había dicho siempre, que aunque republicano por convicción, y considerando la república como el gobierno más perfecto, posponía sus principios al bien público, al optar por lo que creía posible y mejor para asegurar la paz de los nuevos Estados evitando la anarquía, porque no consideraba á los pueblos de la América del Sud preparados para la democracia; y que respecto al Perú, pensaba que era la forma de gobierno más adaptable á su estado social; siendo por otra parte este un medio de alcanzar una solución, que conciliaba la política del nuevo y del viejo mundo, y aun de arribar á un arreglo con la España sobre la base del reconocimiento de la independencia (42). En este plan quimérico y absurdo, pero patriótico á su manera, no entraba por naba la ambición personal: él no aspiraba ni siquiera á ser presidente de república. Bolívar era republicano, á su manera también. Como presidente de una gran república, que componía un verdadero imperio, era más que un rey, y soñaba ya con la monocracia americana, y con la presidencia vitalicia que le había inoculado su maestro Simón Rodríguez, y que sostuvo en sus escritos varias veces desde sus primeros hasta sus últimos días de vida pública, como la única institución capaz de dar estabilidad á los nuevos Estados, combinando la constitución monárquica de la Inglaterra con la democracia embrionaria de la América del Sud, por la eliminación de sus dos principios fundamentales: — ni democracia, ni rey. — Precisamente por este mismo tiempo se inauguraba el nuevo é inconsistente imperio mejicano, y Bolívar, tal vez por una asociación de ideas, que se ligaba á la reciente conferencia, después de emitir sobre San Martín en la intimidad, el juicio

(42) Condensamos aquí todos los argumentos de San Martín respecto de su plan monarquista, valiéndonos de sus mismas declaraciones hechas en varias ocasiones, que han sido señaladas en el curso de esta historia.

que había formado de él, considerándolo como un hombre bueno, agregaba : « Itúrbide se hizo emperador por la gracia » de Pio, primer sargento; sin duda será muy buen Emperador. Su imperio será muy grande y muy dichoso, » porque los derechos son legítimos según Voltaire, por » aquello que dice : *El primero que fué rey fué un soldado* » *feliz*, aludiendo sin duda al buen Nemrod. Mucho temo » que las cuatro planchas cubiertas de carmesí, que llaman » trono, cuesten más sangre que lágrimas, y den más inquietudes que reposo. Están creyendo algunos que es muy » fácil ponerse una corona, y que todos lo adoren; y yo » creo que el tiempo de las monarquías fué, y que hasta que » la corrupción de los hombres no llegue á ahogar el amor » á la libertad, los tronos no volverán á ser de moda en la » opinión » (43). En este manto de republicano, se envolvía una ambición cesárea, incompatible con la verdadera democracia, como sus reaccionarias teorías confesadas lo manifiestan y el tiempo lo demostró. Era, pues, natural, que por principios y por instinto y hasta por interés propio, rechazase le plan monarquista de San Martín, y éste era otro motivo para eliminarlo. Era una idea muerta.

La tradición ha conservado algunas frases á propósito de monarquía, pronunciadas por los interlocutores, que uno de ellos ha confirmado. San Martín, en uno de los rarísimos momentos de expansión, comunicó en 1832 al enviado de Chile en París don José J. Pérez, que Bolívar no creía posible la monarquía, sino á condición de que los reyes fuesen americanos. San Martín le contestó, según él, que no podían tomarse á lo serio monarcas « que habían fumado juntos el

(43) Carta de Bolívar á F. Peñalver de 26 de setiembre de 1822. (« Cartas del Libertador », cit. en « Memorias de O'Leary », t. XXIX, pág. 236.)

mismo cigarro, y para sus súbditos serían naranjos », aludiendo á la monja que no podía reverenciar un Cristo tallado en el tronco de un naranjo que había visto crecer en el huerto de su convento (44). Algunas otras confidencias parece que se hicieron los dos libertadores. San Martín asegura que Bolívar le dijo, que « depositaba su mayor confianza en los oficiales ingleses que servían en su ejército », y pudo cerciorarse por sí mismo que trataba á los oficiales colombianos más bien como esclavos que como compañeros, tolerando la mayor licencia en la tropa, en que era muy popular (45). Al despedirse para siempre del Libertador, al parecer amigablemente, ofrecióle enviarle desde el Perú un caballo de paso para las marchas de sus futuras campañas (46). En seguida sentóse á la mesa del banquete, y vencido sino convencido, alzó la copa y brindó « *Por la organización de las diferentes REPÚBLICAS del continente* ». Hasta entonces, el libertador del Sud, había fundado repúblicas de hecho, pero no había confesado una fe política, inclinándose en teoría á la monarquía, aunque sin pretender imponer sus opiniones. Por la primera vez reconocía que los nuevos Estados sud-americanos eran REPÚBLICAS, y debían *organizarse* como tales.

¿Hubo algo más? Tal vez. Así lo indica la reserva que uno y otro guardaron por el espacio de largos años, sin comunicar sus impresiones á sus más íntimos confidentes. San Martín, como vencido, quedó mortificado, y era un asunto de que no

(44) Don José Joaquín Pérez (ex-presidente de Chile), que aun vive, y cuenta 88 años, ha confirmado verbalmente esta confidencia, que Vicuña Mackenna consigna también en su op. « El general San Martín », página 57 (nota).

(45) « Opinión de San Martín sobre Bolívar », comunicada á Lafond, « Voyages », etc., cit., t. II, pág. 143.

(46) Carta cit. de San Martín á Bolívar, después de la conferencia : « El comandante Delgado, portador de esta carta, le entregará el caballo » de paso que le ofrecí en Guayaquil ».

le era grato hablar, habiéndose impuesto por otra parte el silencio como un deber de patriotismo para no dar armas al enemigo, según lo dijo él mismo al Libertador después de la conferencia (47). Bolívar por su parte, no debió quedar satisfecho de sí mismo: el Protector lo había vencido moralmente con su abnegación, y su silencio mismo constituye el mayor elogio que podía hacer á su elevación de sentimientos (48).

(47) Carta cit. de San Martín á Bolívar después de la conferencia, en que le dice: « Los sentimientos de esta carta deben quedar en el más profundo silencio; porque si fuesen conocidos, los enemigos de nuestra libertad podrían servirse para atacarla, y los intrigantes para soplar el veneno de la discordia ».

(48) Se esperó por mucho tiempo, que las « Memorias » del general O'Leary, ayudante favorito de Bolívar, contendrían importantes revelaciones sobre esta conferencia. Estas « Memorias », que constan de treinta volúmenes, muy ricas en documentos, de los cuales sólo dos de texto, contienen menos al respecto que todos los demás libros históricos anteriores y posteriores. Esto prueba que Bolívar, lo mismo que San Martín, no hizo confidencia alguna á ninguno de sus allegados, respecto de lo que pasara en la conferencia; el primero, por el silencio que se impuso al dirigir su carta á Bolívar, y éste, porque mortificado por la abnegación de su rival que lo había penetrado, se reservaba también su secreto. O'Leary en sus « Memorias », se limita con tal motivo á establecer un superficial parangón entre ambos libertadores, atribuyendo á San Martín la falta de franqueza en sus manifestaciones. Para que se juzgue de su seriedad, basta citar el siguiente trozo: « Bolívar hereda cuantiosos bienes y muere en la indigencia. Nace y se cría San Martín en la pobreza y adquiere una fortuna. Acepta San Martín el título de Protector del Perú, y Bolívar rechaza la corona que se le ofrece en Colombia. San Martín, vanagloriándose de su filantropía, fusiló á Osorio. Bolívar, proclamando la guerra á muerte, perdonó á Barreiro ». Tantos errores como renglones, á excepción de lo que se refiere al desinterés de Bolívar, que murió en relativa pobreza. San Martín no adquirió fortuna, y hubo de morir en Europa en un hospital, por falta de recursos pecuniarios. No aceptó el título de Protector del Perú, sino que se le dió á sí mismo, pero no como atributo personal, sino como título temporal de gobierno, mientras Bolívar se dió á sí mismo, y después se hizo dar el de Libertador, que equivalía al de dictador, como inherente á su persona por toda su vida. En cuanto á Osorio, es sabido que nunca estuvo en poder de San Martín, y que lo confunde con Ordóñez prisionero en Maipu, á quien trató con tanta generosidad, que el mismo prisionero se lo agradeció por escrito. Ordóñez murió, es cierto, en una sublevación

Parece empero, que Bolívar hubiera ido más allá, en algunos de esos momentos de indiscreción que le eran tan habituales, y que si no se entendieron, fué porque los planes que podían acercarlos, le repugnaban. Así lo indicarían varias confidencias de San Martín llenas de reticencias, cuando desde su ostracismo observaba á Bolívar poseído del delirio de la monocracia. « Es preciso creer, escribía tres años después (1827), que todos los hombres que no han empuñado el clarín para desacreditar al ex-general San Martín, han sido perseguidos por el general Bolívar. La emulación no puede entrar en parte. Los sucesos que yo he obtenido en la guerra de la independencia, son bien subalternos en comparación de los que ha prestado él á la causa general de la América. Usted tendrá presente que á mi regreso de Guayaquil le manifesté la opinión que me había formado del general Bolívar, es decir, una ligereza extrema, inconsecuencia en sus principios, y una vanidad pueril, pero nunca me ha merecido la de un impostor » (49).

de prisioneros del modo que se ha relatado, pero en este hecho que se explica por sí, no tuvo ninguna participación directa ni indirecta San Martín. Mientras tanto, Barreiro, que se dice perdonado por Bolívar, después de rendido en Boyacá, fué públicamente fusilado en Bogotá al frente del ejército colombiano, por orden del vice-presidente Santander, con todos los prisioneros en aquella batalla, y Bolívar no reprobó el acto, por ser una consecuencia de su declaratoria de guerra á muerte.

(49) Carta de San Martín á Guido de 18 de diciembre de 1826, en Bruselas. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVIII). En esta misma carta se encuentra un notable párrafo referente á las relaciones de San Martín con Bolívar después de su entrevista de Guayaquil: « Las mismas cartas del general Bolívar (que originales conservo en mi poder) hasta mi salida para Europa, me manifiestan una amistad sincera. Yo no encuentro pueda ser otro el motivo de su queja que el no haberle vuelto á escribir desde mi venida de América. Francamente diré á usted, que el no haberlo hecho ha sido un exceso de delicadeza, ó llámele usted orgullo, pues teniendo señalada una pensión por el congreso del Perú y hallándose él mandando aquel Estado, me persuadí que el continuar

Un año después (1827), cuando la fortuna de Bolívar declinaba, y el Perú y hasta su misma patria repudiaba al Libertador, volvía á insistir sobre el mismo tópico: « No me ha » tomado de sorpresa la conducta que el general Bolívar ha » observado en el Perú. Tenga presente el juicio que le dije » había formado de él á mi regreso de Guayaquil. Desgracia- » damente para la América no he tenido que rectificarlo. Estoy » convencido que la pasión del mando es en lo general la que » más domina al hombre, y hay muy pocos capaces de domi- » narla. No me queda duda de las sanas intenciones de este » general en atacar mi opinión ; pero yo sería un mal caballero » si abusase de la situación en que se halla (que estoy » seguro empeorará aun más por su carácter), para publi- » car secretos que sólo verán la luz después que deje de » existir » (50).

Es posible que San Martín se llevase á la tumba alguno de los secretos de la entrevista, respecto de los planes ambiciosos de Bolívar, entonces en germen, que hoy no son un misterio para nadie, pues él mismo se ha encargado de revelarlos al mundo con sus hechos y sus escritos. Todo induce, empero, á pensar, que las revelaciones anunciadas, se limitaban á la famosa carta que dirigió al Libertador después de la conferencia, que puede considerarse como el protocolo con-

» escribiéndole, se creería era por miras de interés, con tanto más motivo si lo hubiera hecho después de sus últimos triunfos. Si esta es la » causa (porque yo no encuentro otra), digo, y con sentimiento, que es » una pequeñez de alma, no propia del nombre que se ha adquirido ». (M. S. aut.). — No hemos encontrado entre los papeles dejados por San Martín las cartas de Bolívar á que hace referencia, entre las cuales debía hallarse la contestación á su carta relativa á su conferencia de Guayaquil, que derramaría tal vez más luz sobre el asunto; pero se ve por lo que él dice, que la correspondencia que se siguió fué amistosa hasta su partida á Europa en 1823.

(50) Carta de San Martín á Guido de 21 de junio de 1827, en Bruselas. M. S. aut. (Arch. San Martín, vol. LVIII.)

sentido de ella, y que entonces no era conocida ni sospechada siquiera. Si algun rasgo de detalle se ha perdido, la historia no necesita de él, porque posee los suficientes documentos para juzgar á ambos en el momento de prueba en que sus caracteres se contrastaron por la piedra de toque del mando supremo en el apogeo de su grandeza.

VIII

Un historiador colombiano, ministro y confidente del Libertador, ha dicho: « Afirmóse en su tiempo, que ni el Protector había quedado contento de Bolívar, ni éste de aquél » (51). San Martín por su parte se encargó de afirmar esto mismo, dando por motivo, que « los resultados de la entrevista no habían correspondido á lo que se prometía para la pronta » terminación de la guerra » (52). Era un vencido. Si desde entonces meditó separarse de la escena, para no ser un obstáculo á la terminación de la guerra, ó si la situación que á su regreso encontró en Lima lo determinó á ello, es un punto accesorio que no puede con precisión determinarse ; pero de todos modos ésta fué una de las principales causas que obró en él para su resolución definitiva, además de otras que fatalmente la imponían.

La primera palabra de San Martín de regreso al Perú, fué para abrir sus puertas á las armas auxiliares de Colombia, proclamando la alianza sud-americana, y de alto encomio para su feliz rival: « Tuve la satisfacción de abrazar al héroe del » sud de América. Fué uno de los días más felices de mi vida.

(51) Restrepo : « Hist. de la Revol. de Colombia », t. III, pág. 228.

(52) Carta de San Martín á Bolívar de 29 de agosto de 1822, después de la conferencia, de que se hará más adelante más larga mención.